

GEOGRAFÍAS DEL PUENTE.

No-lugares, altos lugares y entre-lugares de la civilización

Antonio Muñoz Carrión

*Hay puentes que, además de salvar un abismo,
cumplen la función mediadora entre dos mundos distintos,
la divina unión hipostática de dos barrios que podrían ser dos ciudades,
o de dos parajes donde del uno al otro el alma cambia.*

Juan García Hortelano

Las obras de utilidad pública casi siempre adquieren notoriedad porque influyen directamente en nuestros hábitos cotidianos, pero suelen enmudecer cuando las comprometemos en otras aventuras que exceden el cumplimiento de las simples funciones que justificaron su construcción. Una excepción notable de esta regla se encuentra en los puentes. Su locuacidad no se agota en el lenguaje de los ingenieros ni en las anécdotas que rodean su construcción. Cuando contemplamos un puente, nuestra mirada escruta inicialmente su fisonomía y se deja seducir por lo evidente. Ligereza, pesadez, solidez, volumen, resistencia, estilización..., son rasgos sobre los que se asientan nuestras primeras impresiones. El impacto visual se suele tornar, a continuación, en vértigo y es entonces cuando comienzan a producirnos fascinación. Tras superar esta etapa, pasamos a una exploración más reflexiva de la obra y de su entorno, recurriendo entonces al universo del pensamiento delimitado por la física. Este es el momento en el que evaluamos el grado de cumplimiento de las leyes de la gravedad, admiramos los desafíos propuestos por la técnica y constatamos la resistencia que algunos materiales pueden alcanzar, si se atienen a determinadas sintaxis constructivas. Pero la dimensión que más nos interesa en estas páginas es la que se abre a continuación: el significado que sugieren estas instalaciones permanentes diseminadas en toda geografía. Su carácter es inicialmente funcional, su construcción está regida por leyes físicas, pero lo realmente fascinante es comprobar cómo su uso transforma silenciosa e irremediabilmente la vida de los pueblos. A la hora de reclamar distinción ante la Historia, cada sociedad recurre a sus grandes obras y entre éstas siempre hay puentes. Y esto sucede porque son construcciones sobradas de razones a la hora de mostrar las cartas de presentación de un pueblo.

Mirados sin pasión, los puentes suelen ser objeto de lecturas encontradas acerca de los avatares de la historia local. Las interpretaciones a propósito de la función y del significado de dichas obras son cambiantes, según los usos y las sensibilidades dominantes en cada uno de los momentos en que se lleven a cabo. Por eso, no olvidaremos que nuestra mirada es sólo una más: la ulterior en el curso del tiempo histórico, pero no la definitiva. Es inevitable que lleguen otras diferentes y

que se acaben imponiendo a la que ahora realizamos. Y es que, los puentes, casi siempre nos sobreviven, pues están concebidos desde el dilatado calendario que rige las civilizaciones y no desde el que mide los ciclos vitales de los humanos. Por eso, debería desterrarse la creencia de que hemos sido los escogidos para poner el punto final a sus significados.

Frente a otras grandes obras, los puentes tienen la particularidad de adquirir un importante sentido como meros proyectos; es decir, mucho antes de su construcción. Todo pueblo, por la simple vocación de concebir un puente, debería ser incluido en una categoría antropológica especial; en el lado opuesto de todos aquellos que siempre se han empeñado en diseñar barreras, fosos, murallas o fronteras.

Son escasos los puentes que tienen como finalidad primordial trascender en el tiempo para convertirse en emblemas, como sucede con otras edificaciones públicas. Sin embargo, el destino hace que una mayoría acabe perviviendo como símbolos de las comunidades a las que han servido; sobre todo cuando muchas de ellas no hubieran llegado a existir sin la proximidad de un puente. No es exagerado afirmar que, en ocasiones, los pueblos y las ciudades que se sirven de ellos terminan siendo esencialmente su producto.

Las posibilidades existenciales que abre esta ventana al mundo se destilan en esquemas que se emancipan de todo prurito técnico y renacen como potentes metáforas. La multiplicidad de sentidos que evoca este género constructivo, no ha pasado inadvertida para la creación artística de los últimos siglos. La literatura, la pintura, el grabado, la fotografía, el cine o el cómic han recurrido, en infinidad de ocasiones, a estas construcciones para convertirlas en escenarios de sus tramas. Incluso, existen obras de arte cuyo motivo principal, o desenlace, están unidos a un puente. Los diversos lenguajes artísticos siempre han confiado en la capacidad evocadora de este icono cultural que no ha agotado, todavía hoy, su rica polisemia. Los puentes constituyen la expresión de estilos de pensar y de vivir, cuando los convertimos en metáforas cargadas de sentidos apropiados. Porque las funciones que cumplen y, principalmente, la relación que entablamos con estas construcciones, propician ricas interpretaciones acerca de nuestras tácticas vitales más cotidianas. ¿Por qué la imagen del puente parece intemporal? ¿De qué nos sigue hablando en nuestros días? ¿Qué vigencia tiene este icono en el mundo contemporáneo? La contestación a estas preguntas sólo puede realizarse relacionando el trasfondo de esta obra, convertida en idea, con la compleja cultura que vivimos a principios del siglo XXI.

El marco cultural de una metáfora.

La potencia metafórica de los puentes se justifica porque son construcciones que acaban modificando drásticamente muchos de los parámetros que participan en la organización de las maneras de pensar de un pueblo. La construcción de un puente altera todos los hábitos locales de cálculo espacio-temporal. Acceder a un puente supone, fundamentalmente, comprimir las escalas previstas de la medida del tiempo y calcular con distancias más cortas que las habituales. La principal

consecuencia de esta ponderación es el trastorno que acaban sufriendo, en cadena, todas las demás categorías de pensamiento que se asientan en las citadas escalas de medida. Sin la participación de ningún método educativo, la gente transforma su mentalidad por sí misma y lo hace a partir de los usos que le asignan a esta obra. Como consecuencia, acaban renovando, sin doctrinas, sus hábitos más nimios y sus modos de pensar y de calcular. Si tuviésemos que realizar una traducción cultural entre una manera de pensar acerca del mundo típica de la antigüedad, y la propia de nuestros días, la conversión de las escalas de medida espacio-temporal característica de cada una de estas épocas sería, posiblemente, más compleja que la traducción de los idiomas hablados por sus habitantes, de sus mitos, o de las formas de valorar sus experiencias respectivas.

La visión del mundo que subyace tras las distintas formas de calcular las distancias y el discurrir del tiempo abre también fosos de incomprensión entre mentalidades coetáneas. Está probado sociológicamente, que en las diferentes maneras de concebir el mundo a partir de estos parámetros, se encuentran muchos de los malentendidos que laten en las relaciones que entablan entre sí las distintas generaciones de una misma sociedad.

La proximidad y la rapidez en nuestros días.

Los nuevos encuentros entre personas se producen en mayor número y más de prisa cada día que pasa, respondiendo a una pauta de vida caracterizada por el incremento permanente del ritmo y de la velocidad. Junto a la diversidad de concepciones espacio-temporales existente, vivimos un mundo de comunicaciones que ha invadido nuestra “aldea global” y que va creando patrones uniformes para todas las culturas. Los medios de comunicación fueron los principales agentes que contribuyeron a acercarnos mundos lejanos. Pero en la actualidad, las nuevas redes de la información son el artífice de un modo de vida caracterizado por la conexión permanente y rápida entre todo tipo de individuos y de grupos, independientemente de su situación relativa en el espacio físico. Sin embargo, el símbolo que representa el paso a una vida más abierta al mundo y más cercana en relación con los demás sigue siendo el puente. Esta obra ha mediado activamente, desde la noche de los tiempos, en la emancipación de universos cerrados. Ha propiciado la apertura de vías hacia nuevas formas de experimentación en mundos anteriormente desconocidos y, como consecuencia, ha contribuido a hacer posible una vida más intensa.

Cada día se inauguran nuevas pasarelas que permiten multiplicar y diversificar los contactos personales, haciendo así cada vez más compleja la aventura de la vida en común. Para permanecer orientados en un mundo hiper-estimulante, como el actual, el primer paso es encontrar nuevas certidumbres que faciliten el deslizamiento desde cada experiencia vivida hasta la siguiente. La mayoría de nosotros se conformaría con salvar dignamente los inquietantes espacios vacíos que se abren entre todas esas experiencias. En el ámbito más íntimo, como ha señalado Zygmunt Bauman en su obra *Amor líquido*, los vínculos humanos más importantes tienen cada vez una menor duración, aunque son más numerosos y regalan, además,

mayor implicación e intensidad como forma de compensación. El sociólogo Michel Maffesoli, en *El nomadismo*, considera que uno de los rasgos más característicos de nuestra época es el acortamiento de las distancias respecto a los demás. La nueva “proxemia”, entre los individuos, tiene como finalidad motivar, o recuperar, el misterioso mundo emocional que siempre permanece oculto, o negado, tras los encuentros que los individuos celebran entre sí.

La rotación entre intensidad del presente y tiempo de larga duración.

Pocos renuncian hoy a experimentar la *vida intensa* con todas sus gratificaciones inmediatas, pero tampoco desechan unas mínimas certidumbres de cara al tiempo futuro. Las experiencias enmarcadas en el corto plazo y los proyectos de futuro rotan permanentemente y aparecen como registros alternativos, a la hora de medir y de otorgar valor al quehacer cotidiano. El impulso hacia la vivencia individual circunscrita en el presente se ha reconciliado, en la actualidad, con la orientación hacia otras metas vitales más calculadas y racionalizadas. Por primera vez, que sepamos, se aceptan explícitamente fórmulas que conjugan estas dos dimensiones del tiempo en los planes de vida de las personas. Esta nueva convivencia ha dejado caducas las viejas oposiciones mostradas didácticamente en la retórica de las fábulas. Las figuras más conocidas a este respecto, la cigarra y la hormiga, ya no nos sirven, porque pocos aceptan que sus opciones vitales respectivas sean incompatibles entre sí. Hoy se valora el espíritu de la complementariedad entre ambas, en donde el hedonismo aspira a encontrar su sitio junto a la previsión. Cada día está más generalizado el hecho de vivir haciendo propio lo mejor de cada día y no tener que renunciar, por esa razón, a un programa propio de futuro. El resultado de esta unión ha producido un modo de relacionarse diferente al conocido hasta la fecha y una forma de vivir con nuevas ambiciones. Además, esta opción vital tiene como característica principal que está abierta a todos, ya que no veta a ninguna categoría de edad, de sexo o de procedencia.

El puente como lugar de encuentro con el prójimo.

Elegir la *vida intensa* y acelerada exige disponer de los puentes suficientes para que nuestros deseos puedan encontrarse con las necesidades de los demás. Según los observadores sociales de nuestro tiempo, a la mayoría de nosotros nos ilusiona la simple expectativa de extender nuestros círculos sociales. Cada apertura a un nuevo ámbito social se convierte en sinónimo de experiencia novedosa. Ampliar las fronteras de nuestro pequeño mundo se ha convertido en el requisito principal de toda sensación de renovación y en el verdadero portal que da entrada a vivir con mayor intensidad. Quizás porque existían menos puentes que hoy, hasta hace unas décadas se aceptaban, de mejor o peor gana, las limitadas relaciones que venían impuestas por nuestro lugar de procedencia y por nuestra condición social. Sin embargo, ahora nos arriesgamos a establecer relaciones novedosas e incluso desconcertantes. La razón principal es que ya no nos conformamos, como antaño,

con reconocimientos de lo que nos gusta ser por parte de aquellos que nos rodean. La ambición en nuestros días es que nos descubran, aquellos a quienes todavía no conocemos, lo que todavía no sabemos de nosotros mismos. Este es el verdadero interés que está en el trasfondo del incesante deambular cotidiano en busca de aperturas hacia los demás.

La civilización ha realizado un largo viaje desde la idea de comunidad simple y aislada hasta la organización social compleja de nuestros días. El resultado ha sido, en primer lugar, la aparición de muchedumbres solitarias y posteriormente de individuos cada vez más libres, pero también más distantes entre sí. Quizás como respuesta a la soledad que dicho aislamiento entraña, o porque estaba escrito en la Naturaleza, la relación con los otros, se ha acabado convirtiendo en la única tabla de salvación a la que se acaba agarrando todo el que pretenda explorar la propia identidad. Y cuando la distancia de los otros resulta todavía demasiado larga, es cuando nuestros sueños empiezan a poblarse de los más variados puentes.

Puentes, diálogos y participación.

Las formas de comunicación que consisten en la emisión de mensajes de manera direccional desde unos hacia otros son ahora insuficientes para comprender profundamente a los que nos rodean. Preferimos cualquier forma de participación antes que el intercambio de simples mensajes comunicativos. Más que construir significados preferimos crear algo significativo en colaboración con los demás. Este es el primer objetivo de las relaciones sociales que impulsan a las personas a estar juntas. De su éxito depende que los individuos logren dinamizar entre sí nuevas sincronías que reemplacen a las que alguna vez lograron establecer en su lucha por adaptarse a los desafíos de la Naturaleza.

En esta situación, los nuevos ámbitos de sociabilidad se caracterizan por permanecer muy atentos a los demás y por abrir hacia ellos nuevas entradas que permitan el acceso a territorios vedados hasta el momento. La capacidad de relación con los demás parece, más que nunca, determinada por la creatividad personal a la hora de construir los nuevos accesos. Por eso, hoy se considera imprescindible la propia participación personal en cada gesto visible en este recorrido. Se exige poder elegir cuidadosamente entre detenerse o continuar ante cada estímulo descubierto. Y se reivindica poder zigzaguear con libertad en cada recodo del trayecto. Recorrer los viejos y los nuevos marcos de vida cotidiana en busca de los otros, siguiendo el propio antojo, contiene una actitud expectante, reflexiva, afectiva y creativa. Supone también un rechazo de las trayectorias preestablecidas y unidireccionales, para volver a entonar el canto poético de Antonio Machado asumiendo una vez más que no hay camino, que los caminos se van haciendo al andar, como los puentes se van creando al pasar.

El puente convertido en texto y en rito de paso.

El puente polariza dos temáticas con transcendencia en todo proyecto de vida: la primera es el espíritu romántico o aventurero de búsqueda; el deseo gratuito de mirar qué hay detrás de todo telón. La segunda es el impulso al cálculo racional. Cuando investigamos las pretensiones que cada sociedad ha tenido, a lo largo de su historia, respecto a las otras, encontramos las respuestas más evidentes en la historia de los puentes. Se trata de una temática implícita, tanto en la propia construcción de estas obras como en el uso que se hace de ellas, pues tan calculada está la resistencia de sus pilares, como el número de pasos que deberá dar cada hombre o mujer para cruzar de un lado al de enfrente.

Concebidos como puntos de sutura para superar los desgarros del medio físico, muchos puentes acaban irradiando una expresión tecnológica triunfante sobre las restricciones caprichosas con que la Naturaleza ha dificultado la movilidad de las ideas y de las invenciones. Los pueblos que han protagonizado en mayor medida la Historia son aquellos que han impulsado estos *encuentros*. Son los que han esquivado el *distanciamiento* como estrategia, confiando en que cualquier forma de vínculo se convirtiera en el germen de una vitalidad renovada.

Los puentes nos permiten evocar las epopeyas que han protagonizado los pueblos para acceder a la posición que ocupan en relación a la de sus vecinos. Son construcciones relacionadas con la estrategia militar, con el desarrollo económico o con la influencia, pero el paso del tiempo siempre las acaba convirtiendo en los observatorios ideales desde donde cada pueblo puede reformular la trayectoria de su propio progreso. Antes de tenderse entre dos puntos de la geografía, cuando todavía sólo son proyectos, constituyen el anuncio más evidente de transformaciones inminentes en todos los ámbitos locales. Desde ese momento, no dejan de inquietar a quienes los conciben ni tampoco a aquellos que, por ser sus futuros beneficiarios, deberán buscarles un hueco en sus estilos de vida. La posibilidad de que se levante un puente suele despertar ese tipo de temor que se acaba tornando en ilusión y esperanza. Los puentes pueden considerarse ritos de transición de una sociedad, porque su realidad cambia una cultura radicalmente desde el mismo día en el que se inauguran. Y porque esta propuesta, trae consigo un mundo lleno de posibilidades que se materializan de forma abrupta.

Recordemos que los ritos de paso nunca son cambios lentos ni progresivos en el curso de la existencia de cada individuo. Todas las culturas imponen definiciones sobre el papel social de sus miembros que se caracterizan por renovarse en brevísimos lapsos temporales: de no iniciado a iniciado, o de soltero a casado, no media más que un fugaz ritual consensuado previamente por los miembros de la comunidad a la que pertenecen. Lo que separa cada estado de la vida del siguiente no es un recorrido progresivo, sino un corte brusco que suele durar tan sólo unos instantes. Tras cada rito de paso, la vida de su protagonista se altera, por definición, en todos sus aspectos y en su sustancia; también lo hace en relación a sus derechos y a sus deberes respecto a los demás. El mundo se presenta diferente para todos a partir de ese momento. De la misma forma, la aparición de un puente constituye un momento preciso en el que una sociedad se cuestiona, ante sí misma, sus propios esquemas de pensamiento más corrientes. La mayoría de estas formulaciones acerca

de la vida sólo se hacen evidentes cuando se confrontan con las que proponen otros grupos sociales diferentes. Por tanto, la construcción de un puente constituye un ritual de transición que afecta a la forma de ser de los grupos sociales beneficiados. En sentido contrario, el rechazo de los puentes abona la endogamia perniciosa entre los individuos y facilita el surgimiento de camarillas, dentro de los limitados horizontes del terruño local. Cuando un pueblo no se preocupa por abrir estas vías de relación con los demás, acaba repitiendo las canciones de siempre, los bailes rituales de siempre y lo hace entre los de siempre. La vida se convierte en asfixiante y el poso de generosidad altruista que late entre unos y otros se torna, poco a poco, en calculado clientelismo. Por eso, el mundo de los pueblos vecinos anterior a la construcción del puente y el que surge a continuación se parecen muy poco entre sí.

El puente como mediador de la continuidad.

Una vez construido, la misión primera de un puente es unir dos superficies de terreno anteriormente separadas. Esta operación supone la transformación de pequeños mundos, caracterizados por su discontinuidad, en espacios continuos. Lo más probable es que las partes de terreno y de cultura soldadas entre sí mediante puentes adquieran progresivamente más consistencia y amplitud. Pero estos cambios morfológicos se convierten en los indicadores de otras transformaciones de carácter estructural; por eso, podemos interpretarlos como la inauguración de un nuevo orden que se caracterizará por un nivel superior de complejidad.

Inicialmente se presentan como elementos materiales ajenos a todo paisaje, como si se tratara de instalaciones artísticas similares a las que forman parte de lo que denominamos *Land Art*. Pero más tarde acaban integrándose definitivamente en el mundo que les ha dado la vida y al que servirán. A pesar de su carácter artificial, siempre se funden de manera armoniosa con la Naturaleza. De hecho, cuando se hunde un puente, el paisaje que lo acogía hasta ese momento nos abre un hueco que parece reclamar nuestra mirada. Un puente roto nos inquieta y nos pone de manifiesto su ausencia. Este vacío es tan evidente porque pocos géneros constructivos acaban plegándose tanto a los marcos que los acogen, sean estos naturales o urbanos, como lo hacen los puentes. Y pocas obras públicas aproximan tanto entre sí el universo de la racionalidad y el de la sensibilidad, pues, consistiendo en intervenciones que se llevan a cabo en el entorno natural, acaban afectando a la manera de ser de los individuos, facilitando así el fenómeno que hoy denominamos *multiculturalidad*.

Los puentes, como los mitos, también sirven para pensar

Los puentes pertenecen a una categoría de obras de la civilización alrededor de la cual van tomando partido en el curso del tiempo todas las instancias sociales del poder. Pero a quien en realidad afectan de manera inmediata es a cada individuo por separado, sobre todo a sus ilusiones y a sus aspiraciones particulares. Muchos

proyectos biográficos que parecían inmutables, acaban siendo replanteados por sus protagonistas a partir de la presencia de un puente. La razón fundamental es que un puente hace converger mundos que estaban separados antes de su construcción por considerarse a sí mismos como exclusivos.

Resulta misterioso que hasta los niños más pequeños, cuando les pedimos que dibujen un paisaje, casi siempre acaban incluyendo en su tarea la imagen de un puente. Y si les solicitamos sólo el dibujo de un puente, el resultado venga ahora adornado con montañas, ríos y árboles. La fisonomía de los puentes late en el pensamiento mitológico desde las primeras etapas de desarrollo infantil. Quizás por esa razón se convierten fácilmente en un icono lleno de evocaciones arraigadas en el imaginario colectivo adulto de la sociedad. Es una figura bien asentada y de las más queridas por parte de los viajeros, los buscadores de aventuras y los peregrinos. Para todo transeúnte, el puente es una de las condiciones determinantes del trayecto. Las gentes de paso consideran los puentes como lugares de excelencia, porque obligan a tomar conciencia del recorrido que se han propuesto realizar.

Todos hemos sido viajeros y hemos sentido alguna vez la extraña sensación que produce atravesar los puentes de los otros. Sobre todo cuando nos hacen notar cómo cambia la vida tras el simple cruce de una orilla a la de enfrente. Hay quien ha tomado conciencia de estas transformaciones al comprobar lo cercanos que están, por mediación de los puentes, mundos tremendamente pobres de otros caracterizados por su riqueza. Muchos viajeros relatan en sus diarios la extrañeza que les ha supuesto, en su recorrido, confirmar que entre los dos extremos de un puente puede llegar a haber varios siglos de distancia.

Puentes y caminos.

El puente nunca opera en soledad. Es un tipo de construcción que se nutre del sentido que le insufla otro componente material de la civilización que le precede en la historia y que también puede elevarse a la categoría de metáfora; me refiero al camino.

Un camino sólo mantiene con los puentes una enorme complicidad cuando se convierte en su antesala y luego en su continuación. Algunas sociedades, sin embargo, pervierten el espíritu que rige en la concepción de un puente cuando lo acaban usando para estrangular la senda que lo atraviesa, convirtiéndolo en una barrera insalvable del recorrido. Sin embargo, esta situación debe considerarse excepcional y acaba corrigiéndose con el transcurso del tiempo, porque allí donde existe un puente, aunque esté temporalmente cerrado, siempre late la esperanza de su apertura. La recuperación del flujo propio de todo camino se acaba imponiendo contra su cauterización. Sin embargo, la figura más patética que puede mostrar un puente es, de entre todas las posibles, la que sucede a su destrucción. Porque cada una de sus piedras echa raíces en el lugar y se convierte en testigo macabro para la eternidad. Cuando es derribado deliberadamente, sobre todo si ha realizado buenos oficios entre dos pueblos durante siglos, como sucedió con el puente viejo de

Mostar, la única obsesión que acaba invadiendo a propios y extraños es su reconstrucción.

La senda va apareciendo con el tiempo como una textura dibujada en el territorio, sin autor conocido: se forma tras el simple pasar y volver a pasar de las personas y los animales. Por los senderos se puede deambular, casi sin tener conciencia de ello; sin embargo, el acto de cruzar un puente nunca pasa inadvertido para el que toma esta iniciativa, ni para el que observa desde el exterior. Puentes y caminos están llamados a convivir juntos armoniosamente, sin posibilidad de emancipación mutua. Ambos componentes, unidos indisolublemente, hacen posible que la travesía pueda interpretarse como uno de los rasgos fundamentales con los que se distinguen cada época y cada cultura.

Cuando un puente envejece y deja de satisfacer las necesidades de sus usuarios se releva de sus funciones por otro. El recién construido se convierte, de inmediato, en el nuevo vínculo entre dos territorios, pero suele dejar sobrevivir al viejo a su lado. La doble imagen resultante en el paisaje es siempre un reclamo para la reflexión. Existen en el entorno pocas contraposiciones tan pedagógicas como la que produce un puente antiguo, enunciando un estilo de vida arcaico, encarado a un moderno ingenio de tirantes, que promete eficacia racional, en la misma medida que rapidez vertiginosa. Esta superposición nos remite a las fórmulas que en cada época han sido las más adecuadas para acceder a los demás. Pero en vez de invitarnos a oponer, de forma maniquea, una imagen contra la otra, el puente de tirantes y el de piedra, acaban complementándose entre sí. La asociación entre ambos parece susurrar que el moderno, lejos de competir con el originario, lo necesita muy cerca. Como si, gracias a este último, incrementase su legitimidad ante la mirada de los nuevos tiempos.

Hitos e indicadores.

Todo puente parece estar predestinado a convertirse en un mojón autorizado en el seno del territorio; en un punto estratégico de obligada referencia. Y también en una señal útil para medir el tiempo de los proyectos emprendidos por sus usuarios. Un puente es siempre un hito dominante, a la hora de orientarse en un entorno con escasas señales. Representa, por derecho propio, aquello que nunca pretendió inicialmente y que se acaba convirtiendo en su destino: un enclave privilegiado que invita a reformular los viejos mapas mentales con los que los hombres y las mujeres se han orientado en el territorio y en la vida.

Desde el punto de vista sociológico, se asocia con el encuentro momentáneo entre todo tipo de gentes, sin distinción. Tras largas y solitarias travesías por territorios desconocidos, en las proximidades de todo puente antiguo se producía una momentánea confluencia entre transeúntes, mercaderes o simples charlatanes procedentes de lugares lejanos. Una vez que se atravesaba, esos mismos personajes volvían a dispersarse hacia destinos indeterminados. Aunque fugaz, ese corto recorrido que mediaba entre sus dos extremos daba pie a la experiencia del encuentro entre diferentes. Frente a la monotonía del viaje y a la incertidumbre

acerca de los posibles recorridos alternativos, el puente se presentaba como un referente primordial del territorio en el que estaba asentado. Los viajeros de la antigüedad se perdían con frecuencia durante días en sus trayectos, pero recuperaban siempre la orientación cuando encontraban el puente. Debían sentir que estaban salvados, una vez más, cuando lograban atravesarlo. Ese lugar del viaje siempre estaba frecuentado y era ideal para mirar de cerca a los demás. También se convertía en la ocasión para preguntar a los que se cruzaban de frente acerca de lo que se podía esperar del otro lado, lo cual permitía recalcular las distancias y prever la dirección adecuada. La mayor dificultad de estos mensajes residía en que las descripciones relatadas por el informante que venía en sentido opuesto debían invertirse, si pretendían utilizarse en un viaje que se realizaría en dirección contraria al descrito. Los viajeros que atraviesan un puente de vuelta siempre dan pistas interesantes, si el que indaga es capaz de reorganizarlas y disponerlas en el sentido de su uso propio, que será el de ida.

Vínculos.

Hasta los puentes más arcaicos connotan, a causa de su función, la idea de vinculación, que en esta ocasión va aparejada a un espíritu regenerador. El puente es un marco asociado a todas las formas del préstamo cultural. Préstamos e intercambios materiales y simbólicos acaban siendo los agentes de toda difusión cultural, que es el arma más eficaz a la hora de combatir las formas de ensimismamiento local que adopta todo pueblo en algún momento de su historia.

En numerosas ocasiones, dos áreas culturales vecinas se han dado la espalda por no poder más que mirarse mutuamente en la lejanía, como si la una sólo existiera para ser paisaje de la otra. La mirada humana adquiere, en estas ocasiones, un carácter fantasmagórico cada vez que contempla enfrente a los Otros y no puede otorgarles estatus de realidad. Pero los contactos, préstamos e intercambios propiciados por los puentes transforman la fisonomía propia y original de pueblos que, hasta ese momento, se habían ignorado mutuamente a causa del azar. Las formas de organización comunal ancestral nos muestran incluso su fecha de caducidad, cuando son los propios individuos, hombres y mujeres, los que deciden intercambiarse entre sí, *motu proprio* o por decisión de sus grupos de filiación. El resultado es el engrandecimiento y el enriquecimiento del tejido social de todos a causa de las alianzas matrimoniales y de la descendencia.

Sin embargo, el rasgo más seductor del puente es la marcada actitud existencial que se oculta tras su fastuosa apariencia: su construcción supone un acto definitivo de *voluntad comunal*. Se trata de una decisión de consecuencias imprevisibles, que tiene enorme valor, porque exige ser comprendida y asumida por parte de pueblos que fueron educados para vivir aislados y bajo pautas inmemoriales de repetición. La construcción de un puente constituye entonces un salto cualitativo en la historia de las comunidades que se benefician de ella. Es un paso adelante caracterizado por su carácter irreversible. Una decisión que impulsa con firmeza la categoría “nosotros-vosotros” y que, al mismo tiempo, muestra la fragilidad de todas las visiones del mundo basadas en el reducido universo del “yo-tú”. La Civilización

está llena de voluntades de este género que siempre han susurrado desde la experiencia: “Hay que tender puentes” y que también, en los momentos de recelo, han sabido introducir un giro drástico, como el que enuncia la famosa frase atribuida al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba: “Al enemigo que huye, hacédle la puente de plata”.

Los puentes en un mundo global.

Los puentes son los primeros soportes sofisticados de conexión que conocemos entre los pueblos. Se caracterizan por no haber modificado su función original con el paso del tiempo. De hecho, algunas de estas obras fueron diseñadas por los romanos y siguen desempeñando hoy exactamente el mismo papel que el día de su inauguración. Si se multiplicaran los puentes existentes por mil, se desdibujaría el territorio tal y como ahora lo concebimos. Ya no podrían reproducirse fácilmente las sociedades volcadas hacia sí mismas, ni tampoco las que han sido marginadas por otras. Estas obras facilitarían la formación rápida, y la consiguiente consolidación, de grupos culturales híbridos, caracterizados por la mezcla antes que por la pureza. En esa situación imaginaria, las nuevas representaciones cartográficas tendrían que relegar el detalle con el que hoy describen los contornos físicos habituales que delinear territorios ancestrales. En su lugar, mostrarían complejas redes, interconectando sistémicamente a todos los pueblos entre sí. Los nuevos atlas representarían los espacios multiculturales emergentes y ya no sería posible aislar la identidad de cada grupo humano en rígidas áreas culturales, ni seguir interpretando la organización de la Humanidad desde el paradigma de la separación. La movilidad de los individuos y de las ideas sería la pauta habitual y aprenderíamos definitivamente a relacionarnos con las gentes de paso. Como consecuencia de estos contactos, dejaríamos de temer a ese personaje que tanto recelo ha producido en el imaginario de la sociedad y que es *el extraño*. Si se hubieran construido puentes por doquier, hoy estaría despojada de sentido dicha figura, que todavía permanece anclada en el inconsciente colectivo de una sociedad que se autodefine como global. Ante la pregunta de ¿quién es el extraño en la historia de la cultura? el antropólogo Carmelo Lisón contesta lo siguiente: “El extraño se presenta como raro y desconocido, sin categoría ni nicho social; no tiene status concreto. Habla otra lengua, mora en otro territorio, obedece a otras leyes o al menos practica otras costumbres, tiene otras ideas y adora a otras divinidades; todo en él es, o parece ajeno y extraño. Se desconoce también su status moral: no se sabe que esperar de él; [...] encarna el peligro, la amenaza; es el espía, el vampiro, el que echa el mal de ojo y distribuye los malos espíritus” (*Individuo estructura y creatividad*.)

Si los puentes son una escritura sobre el territorio, en sentido inverso también puede afirmarse que han contribuido activamente a redactar la historia de los pueblos. Son productos de la Historia y a la vez agentes importantes de ésta. Mantienen una relación compleja con el tiempo y con el lugar, como vamos a ver a continuación. En función de la forma en que son usados por parte de las sociedades circundantes, activan esquemas diferentes a la hora de reflexionar sobre el curso de la vida. Las relaciones que los hombres y las mujeres entablan con sus puentes

acaban poniendo de manifiesto maneras diferentes de orientación en el mundo y de calibración de la experiencia. Los puentes pueden utilizarse como iconos que nos ayuden a comprender el sentido de nuestro hacer cotidiano. Sin pretender que a cada puente concreto corresponda de forma exclusiva alguno de los esquemas que voy a proponer, estas obras nos servirán como metáforas de contextos y situaciones que nos rodean. En particular, desde la metáfora del puente puede mirarse hacia tres universos que la mayoría de nosotros frecuentamos en la experiencia de cada día: los *entrelugares*, los *no-lugares* o los *altos lugares* de la cultura.

Entrelugares de la cultura.

Entrelugar es un concepto que se utiliza recientemente en análisis culturales y que se inspira en la idea de “alteridad” que desarrolló Mijail Bajtin hace medio siglo. Su aplicación se ha llevado a cabo desde hace más de tres décadas por intelectuales brasileños, y más recientemente por rusos y canadienses. Tiene como finalidad comprender las formas diversas que puede adoptar todo contacto cultural. Se pueden considerar *entrelugares* los marcos físicos y simbólicos que hacen posible el encuentro y la regeneración de los pueblos, ya que su característica dominante es la vocación de apertura que muestran ante influencias exteriores. Estos lugares no aspiran nunca a estar acabados; por eso se les puede atribuir un carácter intersticial que les hace superar el sistema de oposiciones binarias que Claude Lévi-Strauss atribuyó al pensamiento. Los *entrelugares* suponen el “camino de en medio”, en palabras de Zilá Bernd, y se sitúan al margen de categorías de comprensión basadas en maniqueísmos del tipo: nosotros/vosotros, dentro/fuera o local/global.

Los puentes son, ante todo *entrelugares de la cultura*, porque se usan como soportes vivos e influyentes del acontecer histórico de una sociedad. En esta misión eluden referirse en exclusiva al aquí o al allí, a este margen o al de enfrente. Un puente es un *entrelugar* cuando sirve para impulsar creativamente alternativas diferentes a las elegidas convencionalmente por un grupo humano; cuando desafía la repetición de las ideas y de los actos. Los *entrelugares* son siempre el principio de algo; por eso representan la actitud de apertura a nuevos territorios a partir de un momento fundacional asociado al contacto con los otros. Para completar el sentido de esta metáfora es necesario delimitar el régimen temporal con el que se rige. Dicha temporalidad es el *comienzo*, figura acuñada por Marc Augé en su obra *Las formas del olvido* para referirse a la idea de inauguración de una etapa nueva en la historia de una cultura. La irrupción de un puente en la vida de dos pueblos vecinos siempre ha propiciado la celebración de todo tipo de iniciaciones y de inauguraciones. El *comienzo* se convierte así en una *vuelta a empezar*, pero desde un espacio nuevo y con posibilidades diferentes a las conocidas hasta ese momento. Para Marc Augé: “su pretensión es recuperar el futuro olvidando el pasado, crear las condiciones de un nuevo nacimiento que, por definición, abre las puertas a todos los futuros posibles sin dar prioridad a ninguno”.

Esta es la temporalidad que evoca un puente cuando desempeña el papel de *entrelugar de la cultura*. Un espacio lleno de expectativas, sinónimo de apertura,

asociado a un proyecto de futuro creativo y abierto; sobre todo, opuesto a la muralla, a la barrera o a la frontera. Esta dimensión temporal del puente está relacionada con los procesos de hibridación de rasgos culturales heterogéneos. Si alguna vez dichos rasgos representaron en sus culturas de origen “lo puro”, en los *entrelugares* reaparecen emancipados y dispuestos a renovar su significado. La liberación del síndrome de la pureza conduce a que cada elemento cultural acabe fundiéndose con otros, de diversa procedencia, en un nuevo territorio de nadie. Las expresiones culturales así construidas siempre acaban mostrando, con el paso del tiempo, el poso transcultural que tanto nos atrae en nuestra época.

No-lugares.

“No lugar” es una figura poética creada por el canadiense Yves Préfontaine hace más de veinte años en su obra *Le désert maintenant*. Este antropólogo-poeta se ha preocupado desde hace décadas por los vacíos que han ido surgiendo en el mundo que nos ha tocado vivir. Cree que, como sucede en los desiertos, la “ausencia de lugar”, conduce a todo tipo de visiones, de reflejos y de espejismos. El antropólogo Marc Augé en su conocido ensayo *Los “no-lugares”. Espacios del anonimato* ha recurrido a este mismo concepto para describir los rasgos que caracterizan los nuevos marcos de vida que tanto han proliferado en la sociedad contemporánea.

Los *no-lugares* son escenarios que se presentan cada día más implantados en cualquier parte del planeta. Pueden considerarse opuestos a los *entrelugares* porque, más que espacios locales de relación, son pasarelas eficaces, y a la vez espectaculares, que sirven para la circulación acelerada de personas. Su misión no es dar cobijo a nadie, convertirse en escenario de vida, ni regalar, a quienes los frecuentan, otra identidad que no sea provisional. Un *no-lugar* no predica nada de quien lo atraviesa. Tiene vocación de neutralidad a la hora de atribuir sentido a los encuentros fugaces que se permiten los individuos entre sí en su ir y venir por el terreno de la cotidianidad. Los aeropuertos, las grandes y fastuosas áreas comerciales de las ciudades o algunos puentes modernos, no existen para ser habitados ni para habitar en nosotros; sólo para ser atravesados y producirnos fascinación. Aparte de su potente dimensión estética, el principal atractivo psicológico de los *no-lugares* reside en que no nos señalan un papel determinado que debamos encarnar, ni tampoco un camino concreto que recorrer. Sino que nos eximen, aunque sea tan sólo durante el corto periodo en que los frecuentamos, de la obligación social de ser exactamente lo que se espera de nosotros. Nos liberan de tener que coincidir con nosotros mismos durante el breve tiempo en el que nos acogen. Sin la compulsión social que caracteriza a otros lugares con memoria, aquí nadie nos obliga, ni espera nada en especial de nosotros.

La relación que entablamos con los puentes que se presentan ante nuestras vidas como *no-lugares* es similar allá donde se encuentren. Surge principalmente de la ecuación universal establecida entre el vértigo, la fascinación y la velocidad. Con la mediación de estas sensaciones, accedemos a perspectivas novedosas, a veces extraordinarias, sobre los paisajes de siempre. La experiencia que proporcionan

estos espacios a quienes los atraviesan está marcada por la autosuficiencia, porque los *no-lugares* convierten los paisajes circundantes de toda la vida en simples telones de fondo. Bajo esta perspectiva, atravesar el vacío entre dos montañas a gran velocidad provoca tal alucinación, que acaba eclipsando las sensaciones procedentes del escenario local atravesado. El resultado subjetivo es entonces la sensación de evasión de uno mismo.

La temporalidad que otorga sentido a un puente con vocación de *no-lugar* es la *suspensión del tiempo*, que supone una detención del tiempo cuya consecuencia es el olvido de los lugares de procedencia y de destino. Para Augé, esta *suspensión* tiene como pretensión principal “recuperar el presente seccionándolo provisionalmente del pasado y del futuro”. Equivale a un momento liminal o intermedio marginado del antes y del después. Según este autor “equivale a una estetización del instante presente” (*Las formas del olvido*). Los puentes, entendidos como *no-lugares*, representan el *presentismo*, que es una intensa actitud vital, tan circunscrita en el corto plazo que elude cualquier consideración pasada o futura. Es una temporalidad bien afianzada en nuestros días, especialmente en las culturas juveniles. Consiste en seleccionar el instante vivido y experimentar las sensaciones de la cotidianidad a partir de fórmulas generadas en la inmediatez de ese momento, sin la intervención de criterios convenidos con anterioridad. Por eso, facilitan el acceso libre e inmediato a otros mundos completamente diferentes al propio.

Altos lugares.

Hace algo más de una década, los geógrafos franceses comenzaron a utilizar el concepto “haut-lieu”, cuya traducción correcta hubiera sido “lugar superior”. Su acepción más amplia incluye a todo lugar con nombre propio que no deje indiferente a nadie porque establece una relación intensa con nosotros que nos ayuda a cambiar, como señala el poeta francés Yves Bonnefoy (*Existe-t-il des “Hauts Lieux”*).

Toda sociedad ha encontrado en algún momento de su historia respuestas excepcionales en esquinas recónditas de su territorio. Montes, cuevas, simas, manantiales, rocas, etc., aparecen como lugares virtuosos a los que la mentalidad popular atribuye originalidad y efectos benéficos. Todavía hoy es frecuente beber agua de los caños de una fuente que brotó en un sitio especial, o arrojar monedas a manantiales y simas, antes de pedir un deseo. En la sociedad tradicional, cuando alguien deseaba alterar el curso más probable del acontecer forzándolo a su favor, solicitaba los beneficios desde esos enclaves, con la esperanza de tener el mejor tino posible a la hora de satisfacer las expectativas a sus problemas. Se suponía que la esperanza de cualquier logro podía incrementarse, siempre que la petición se ritualizase en estos sitios.

Los lugares superiores invitan tanto a la reflexión compartida, como a la celebración de rituales en una intimidad facilitada por la ausencia de intrusos y extraños. Tienen dimensiones físicas muy marcadas. Cuando se presentan como territorios, siempre aparecen amparados por un icono especial, de carácter centralizador y muy visible. Por ejemplo, un torreón o una ermita, generalmente

situados en un ámbito topográficamente elevado. Si se extienden a lo largo de un itinerario, como sucede con los caminos de peregrinaje, su recorrido aparece marcado en la topografía con cierta periodicidad, mediante réplicas de la iconografía que domina en el destino, que indica y pone a la vez en evidencia la naturaleza extraordinaria del trayecto.

El ingrediente temporal de este esquema metafórico es el *retorno*. Marc Augé señala que la principal pretensión del *retorno* es: “recuperar un pasado perdido” (*Las formas del olvido*). En las sociedades tradicionales se retornaba periódicamente a estos lugares especiales, para reafirmar colectivamente la existencia de esperanza de un mundo mejor. La función principal del retorno en la actualidad se orienta al marcaje de un territorio físico desde donde recordar los momentos más importantes del pasado.

El *retorno* es el régimen temporal que nos permite comprender el sentido del transeúnte que se pasea por un puente abandonado como si pretendiese acceder a lugares de la memoria. Desde el punto de vista hermenéutico aspira, tanto a recuperar significados y sentidos importantes ya olvidados, como a poner de manifiesto otros que nunca fueron enunciados, pero que nuestro acontecer más reciente nos requiere para reformular nuestra identidad. Se considera *retorno* porque es un procedimiento de interpretación que se lleva a cabo desde el presente para, desde ahí, reorientarse hacia el pasado.

Un puente abandonado abandera esta figura temporal, pero sólo si un pueblo ha logrado convertirlo en un álbum lleno de anécdotas disponible para todos aquellos que quieren recordar. Y siempre que esta actividad de rememoración se lleve a cabo con distancia temporal del momento álgido en el que la obra gozó de esplendor. Muchos puentes no llegan a convertirse en *altos lugares* porque, a pesar de su fuerza simbólica, no admiten conjugar sus mensajes implícitos en pasado. Mantener viva la nostalgia es una de sus aspiraciones, especialmente cuando se convierten en ruinas, como lo confirman los relatos de los paisanos mayores que suelen merodear a su alrededor a la caída de cada tarde.

Tras quedar apartados de sus funciones originales, muchos puentes antiguos perviven como marcas significativas del territorio. Pueden seguir siendo considerados *altos lugares*, si siguen permaneciendo como testigos cargados de respuestas que esperan pacientemente el paso del tiempo para encontrarse alguna vez, cada una de ellas, con su pregunta. Mirados nostálgicamente desde hoy, una vez que son reemplazados en sus funciones por otras redes o ingenios más eficaces, los puentes de piedra, o sus ruinas, tienen garantizada una segunda vida. Siguen presentes en nuestra historia cotidiana como patrimonio cultural. Desde entonces se convierten en lugares situados en el corazón de los pueblos; en textos escritos en el paisaje, que cobran su sentido más profundo cuando se leen desde el universo de las emociones compartidas.